

# ECUADOR **Debate**

## **CONSEJO EDITORIAL**

José Sánchez-Parga, Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira,  
Simón Espinosa, Diego Cornejo Menacho, Manuel Chiriboga,  
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero.

**Director:** - Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP  
**Primer Director:** José Sánchez Parga. 1982-1991  
**Editor:** Hernán Ibarra Crespo  
**Asistente General:** Margarita Guachamín

## **REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES**

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

## **SUSCRIPCIONES**

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$ 45

ECUADOR: US\$ 15,50

EJEMPLAR SUELTO: EXTERIOR US\$. 15

EJEMPLAR SUELTO: ECUADOR US\$ 5,50

## **ECUADOR DEBATE**

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Telf: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras 733 y Selva Alegre, Quito.

## **PORTADA**

Gisela Calderón/Magenta

## **DIAGRAMACION**

Martha Vinuesa

## **IMPRESION**

Albazul Offset

# ECUADOR DEBATE 91

---

Quito-Ecuador, Abril 2014

PRESENTACION / 3-6

## COYUNTURA

Diálogo sobre la Coyuntura: El significado de las elecciones locales del 23 de febrero de 2014 / 7-20

“El orden del discurso” del Presidente Rafael Correa / 21-42

Conflictividad socio-política: Noviembre 2013-Febrero 2014 / 43-52

## TEMA CENTRAL

Desde el “otro” a la identificación de uno mismo

*J. Sánchez Parga* / 53-56

Caleidoscopio de identificaciones y desolación de la identidad

*Marie Astrid Dupret* / 67-78

De la identidad inclusiva a la identificación inconclusa

*Cristina Simon* / 79-90

Una economía política de la alteridad

*Carlos Rojas* / 91-108

El delirio de la identificación paranoica

*Saki Kogure* / 109-122

Ídem. Uno mismo y el otro

*Gino Naranjo* / 123-128

“Nosotros los manabitas...” Una identidad regional en la costa ecuatoriana

*Carmen Dueñas de Anhalzer* / 128-136

## DEBATE AGRARIO-RURAL

Las comunidades de indios

*Pio Jaramillo Alvarado (Petronio)* / 137-144

## 2 Índice

### **ANÁLISIS**

Año 72: ECUARUNARI, condición comunal y Cristianos por el Socialismo

*Juan Fernando Regalado Loaiza / 145-164*

En la ciudad de Quito: proceso organizativo de la comunidad 'Runa Kawsay'

*Pascual Yépez Morocho / 165-188*

### **RESEÑAS**

Entre dos aguas. Tradición y modernidad en Guayaquil (1750-1895) / 189-190

# De la identidad inclusiva a la identificación inconclusa

Cristina Simon\*

*En la posmodernidad el modelo neoliberal se propone instaurar una identidad cultural “única” en correspondencia con el paradigma de la globalización, al tiempo que promueve identidades múltiples programadas en un afán por vigilar y controlar la amenaza latente de nuevas tendencias contra culturales, y así aparecer como un imperio de “tolerancia e inclusión”. El presente artículo pretende partir de esta premisa para confrontarla con la importancia de la identificación en tanto que soporte de subjetividad y vehículo para la producción de lazo social, así como del surgimiento de la contracultura como un medio de resistencia irrevocable en todo proceso cultural.*

En este movimiento que lleva al hombre  
a una conciencia cada vez más adecuada  
de sí mismo,  
su libertad se confunde con el desarrollo  
de su servidumbre

Jacques Lacan

## Introducción

**F**oucault recordaba a sus contemporáneos que vivían en la sociedad de la ortopedia panóptica, cuya utopía había esbozado Bentham. Podemos decir que en los últimos años esta condición se agravará vertiginosamente, incrementando ahora la invisibilidad del poder y de sus intereses, así como el engejecimiento o cansancio que pesa sobre sujetos indiferentes frente a ello. El modelo arquitectónico-ideológico del panóptico que inicialmente era aplicable tanto para escuelas, como para hospitales, prisiones, casas correcti-

vas, hospicios y fábricas, ahora será extensivo para la adecuación de las mentes y el modelaje de la identidad. El fantasma del totalitarismo no ha desaparecido, sino que opera de manera mucho más íntima convirtiéndose en un modelo de vida cotidiano que no deja lugar a otra alternativa sino ceder para ser o bien permanecer en una exclusión aniquilante. (Foucault, 1980:79).

En la cultura panóptica, el Estado interpreta las necesidades de los individuos y determina en favor de su seguridad, cual es el miembro descarriado al que deberá corregir o castigar. Los criterios de norma y desviación se perfeccio-

---

\* Licenciada en psicología de la Pontificia Universidad Católica del Ecuador.

nan e instrumentalizan en servicio de un poder también cada vez más sofisticado. El utilitarismo moderno, más aún el posmoderno, que vela por el equilibrio entre los placeres y los deberes, reposará el éxito de su verdad en una ciencia de cálculo y control que demanda la vigilancia de los individuos, disfrazada tras fachadas de libertades múltiples de expresión e identidad potenciadas a un nivel planetario. Aunque se disuelva perversamente la figura del Estado en favor del Capital, la utopía panóptica se conserva, pasando por cámaras, televisiones, redes sociales, blogs de opinión y todos los dispositivos tecnológicos imaginables, trazando así un mapa de cálculo de todas las formas de individuos e identidades observables y a su vez comercializables. De modo que la utopía del panóptico dice mucho más acerca de la cultura posmoderna que el mesianismo de un humanismo planetario que blande la bandera de la des-alienación y la liberación.

El imperativo igualitario en favor de una comunidad mundializada para el control, reconoce ahora identidades múltiples, incluso las promociona, aunque no considere su carácter heterogéneo, sino que demanda su inclusión. Los movimientos contraculturales se han visto invisibilizados o bien han sido institucionalizados y comercializados, otra forma de desarmar el discurso de la diferencia, integrándola al sistema. De modo que “hoy en día lo que está en cuestión no es tal o cual clase o grupo social, sino que es la especie quien corre los riesgos dado el alcance adquirido ya por el conjunto de las mutuas dependencias transculturales, que verdaderamente han convertido al mundo en una aldea global en un sentido más vasto del que atri-

buyera McLuhan a esta expresión que acuñó” (Adorno, 1944:127).

## 1. Identidad y Cultura

Identidad y diferencia son elementos estructurantes que permiten la constitución del sujeto, su separación de la naturaleza en favor del intercambio simbólico con sus semejantes, así como adaptarse a la cultura que ha construido a partir del lenguaje. Por ello, no es posible pensar al sujeto o la cultura sin reflexionar sobre las implicaciones del entorno humano, la organización del intercambio entre sujetos dentro del orden social así como la relación de cada sujeto consigo mismo. Sujeto y cultura, lejos de ser entidades cerradas aisladas se producen mutuamente en una articulación inacabada.

Las reflexiones del fundador del psicoanálisis Sigmund Freud resultan innovadoras cuando establece como imposibles los ideales de plenitud del sujeto y la cultura. La novedad que Freud nos presenta es la de una conflictividad fundamental en el psiquismo del sujeto, entre aquellas mociones que tienden a la búsqueda del placer y otras que procuran responder de manera adaptativa a la realidad. Para Freud “el programa de la *creación* no contempla la dicha humana y tampoco la contempla el programa de la cultura” (Gerez Ambertín, 2007: 144).

Con *cultura* Freud designará “toda la suma de operaciones y normas que distancian nuestra vida de la de nuestros antepasados animales, y que sirven a dos fines: la protección del ser humano frente a la naturaleza y la regulación de los vínculos recíprocos entre los hom-

bres” para proteger al sujeto del desamparo y el desvalimiento que experimenta frente a las fallas de la naturaleza y frente al mundo. Y sin embargo, la misma Ley de la cultura encargada de regular la miseria humana, es la base de todo sufrimiento, pues si bien es la cultura la que inscribe en el sujeto la pulsión, será ella misma quien demande renunciar a ella en favor de un ordenamiento social (Freud, 1930: 112).

En *Tótem y Tabú* (1912), Freud hace alusión a un mito primordial para el surgimiento de la Ley y la cultura basada en la prohibición de los dos grandes propósitos delictivos del hombre desde las sociedades primitivas: el parricidio y el incesto. A partir de la muerte del padre primordial y la instauración de la prohibición que articula Ley y deseo, Freud explicará el pasaje del poder del individuo a la comunidad en busca de protección. Tras su muerte, el padre primordial vendrá en Ley simbólica para evitar todo posible exceso en las manos de un solo hombre y regular así la alianza entre los hermanos.

Pero la cultura no ofrece garantías, el derecho comunitario que exige el sacrificio de las pulsiones, acaba potenciándolas y reclamando cada vez más sacrificios. “Es imposible el equilibrio entre las exigencias culturales de las masas y las demandas individuales, su conflicto es insalvable y condición misma de estructura” (Gerez Ambertín, 2007: 146). El precio por habitar y ser habitado por la cultura es la imposibilidad estructural del sujeto de hacer efectivo su proyecto de plenitud. La cultura, que pudo parecer una promesa de felicidad porque ofrece normas y altos ideales, muestra

sus fallas en los peligros a los que somete al sujeto debido a sus demandas y aspiraciones. Ésta será la paradoja estructural que nos presenta el psicoanálisis, que la realización de todo ideal ya sea individual o colectivo sea un imposible.

Adorno y Horkheimer por su parte entenderán a la cultura como un sistema invisible, producto de la separación de la naturaleza y el dominio de la misma, que además de regular y organizar las relaciones humanas procurará ante todo asegurar su auto conservación de modo que tenderá por extensión también al control y dominio del conjunto de las relaciones sociales. La cultura “es un fenómeno que está ahí, previo y ajeno a su posible conocimiento, esto significa, como mínimo, que es un falso dilema la defensa o el rechazo de la cultura porque ésta pese a ser un producto humano no es algo que se pueda hacer o desmontar con los golpes del pensamiento y del conocimiento” (Adorno, 1944: 89). Con la fundación del lenguaje y la cultura, la razón producirá toda suerte de dispositivos sociales y discursos de poder en favor de su supervivencia, y aun así todo el *progreso* de la razón y todo el distanciamiento de natura no podrán prevenir al sujeto del malestar intrínseco a su propia *naturaleza cultural*.

Desde los dispositivos sociales y discursos culturales hegemónicos, y en su alcance más amplio, se entenderá a la identidad como la relación que toda entidad mantiene consigo misma, relación de igualdad o mismidad, estructura que supone la unidad del yo invariable frente al cambio y el paso del tiempo, cualidad a través de la que el sujeto produce y sostiene una imagen de sí mismo basa-

da en sus creencias, su conducta y su historia, al tiempo que provee un sentido de pertenencia y adaptación a un entorno y en definitiva al modelo cultural imperante.

Pero las identidades y saberes producidos por el sujeto y la cultura solo tienen validez y sentido en la medida en que creemos en ellos y en su capacidad de integrar las necesidades que presenta el entorno. Si bien la apuesta de la cultura es construir modelos de identidad complementarios que sostengan la ilusión de una sociedad total, la sociedad no es una entidad ontológica cerrada, tanto lo social como lo individual se encuentran divididos como resultado de la operación del lenguaje (Žižek, 2005: 173) y en ambos casos persiste un excedente imposible de articular que entra en conflicto con el sistema oficial que al fin de cuentas no es más que una parcialidad empoderada.

En su libro *Hegemonía y estrategia socialista* (1987), Laclau y Mouffe llamarán a ese resto, antagonismo, en tanto que barrera o límite que hace imposible el cierre del campo social y la constitución de una cultura unificada. Lo social es un terreno incongruente articulado en torno a una imposibilidad estructural, de modo que todo discurso ideológico que pretende configurar una identidad socio-simbólica fija, está abocado al fracaso. El discurso hegemónico que pretende ocultar el elemento heterogéneo en lo social en nombre del progreso, es capaz de desencadenar todo tipo de males en su lucha intervencionista y paranoide, en su ambición por conquistar toda disidencia para convertirla a un único credo, el de un régimen mundial incuestionable.

La cultura es un orden simbólico que a su vez se sostiene del cambio y el intercambio simbólico entre los sujetos que componen el campo social, y depende fundamentalmente de su capacidad de transformación y de incorporar nuevos elementos que faciliten su supervivencia. “No existe sociedad sin reglas y coacciones: siempre habrá un número determinado de individuos que no las obedecerán. La sociedad se recorta siempre sobre la naturaleza de tal manera que siempre haya un resto, un residuo, una cosa que se le escapa” (Arnao, 2005: 233).

Las subculturas surgirán como efecto de tales procesos de diferenciación dentro del marco cultural dominante, conforme a las cuales el sistema podrá resignificarse. Es gracias a la integración de las subculturas que la cultura se transforma. Sin embargo, cuando una subcultura llega a un grado de conflicto irreconciliable con el modelo cultural dominante, cuando cierto discurso o grupo social ha sido marginado al punto que quedar desprotegido o ser violentado, se producirá una batalla entre ambos modelos, una guerra de concepciones acerca del mundo produciendo así movimientos contraculturales.

## 2. Cultura, contracultura y posmodernidad

Cuando la cultura es capaz de modificarse oportunamente para asumir los nuevos retos que el conjunto social diferenciado exige, el sistema podrá adaptarse y evolucionar. Si por el contrario la cultura imperante no advierte los desafíos que le presenta una subcultura signi-

ficativa, ésta se impondrá de manera revolucionaria contra las instituciones ideológicas que encuentre inadecuadas para devenir ella misma cultura hegemónica, sometiendo al resto de parcialidades a un alto costo social.

Pero la cultura también puede disfrazar sus mecanismos de dominación evitando que los sujetos adviertan el engaño, paralizando así su capacidad de decisión e inhabilitando toda posibilidad de respuesta. Al bloquear todo proceso de diferenciación y de transformación la cultura entrará en un estado de decadencia. "La decadencia de una civilización comienza cuando sus poderes de dominación se perfeccionan tanto, que le permiten falsificar o inhabilitar a las subculturas y contraculturas que constituyen su mecanismo adaptativo natural, cerrando así las vías para todo cambio, evolutivo o revolucionario" (Brito, 1996:20).

El sociólogo venezolano Luis Brito señalará que en el momento en que una cultura hegemónica bloquea toda capacidad de intervención e integración de sus subculturas éstas pasarán a ser contraculturas, sectores hacinados, obligados a presentar adhesión y obediencia al sistema que los margina y a exaltar y codiciar los valores de una cultura que para justificar su encierro los estigmatiza, enfatizando la diferencia como algo que amenaza desde adentro la seguridad del sistema *total*. Tal proceso de marginación convierte al otro en algo no humano, hereje, paria, enfermo mental, disidente o terrorista. De modo que las únicas vías de tránsito abiertas para el marginal serán la insurgencia o la mendicidad por un humanismo que abogue por la abolición de las diferencias basadas en motivos raciales, de credo, sexo o na-

cionalidad, y por la creación de un nuevo orden legal que coloque el derecho en un plano superior al de la fuerza.

Las subculturas y contraculturas se constituyen como una respuesta de grupos excluidos en busca de una identidad que los represente y les permita identificarse y hacer lazos entre sí. Cada subgrupo fabricará entonces los símbolos y manifestaciones culturales de identidad y protesta que signifiquen el malestar que padecen y represente su diferencia. La cultura hegemónica asume a su vez el papel de recrear y dirigir la identidad del subgrupo disidente, a fin de dotarlo de una personalidad manejable y porque no, rentable. Pero esto, lejos de ser un proceso de afirmación, reconocimiento e inclusión del excedente social y su manifiesto contra lo establecido, será un proceso de interferencia, manipulación cultural y falsificación de la conciencia del grupo mediatizándola al punto que sus símbolos devengan en un conjunto de satisfacciones sustitutivas, conforme las cuales el marginado suavice su desacuerdo con la cultura oficial, y en última instancia, haga posible su funcionamiento dentro de ella. De este modo, la subcultura marginal, disidente será transformada en otra subcultura para el consumo. (Brito, 1996:40-56).

En la posmodernidad, donde el único ideal con pretensiones de verdad que no ha muerto es la avidez del mercado. Las instituciones capitalistas dedicarán todos sus esfuerzos a la producción, promoción y comercialización de símbolos identitarios como si fuesen mercancías. "En esta sociedad que se vanagloria de la libertad de creación, nada hay más regulado que la actividad del creador, del libre pensador, cuyo mensaje puede lle-

gar a las masas por estar directamente inscrito en el circuito productivo" (Brito, 1996: 25). Los esfuerzos de los sujetos no sirven más a fines ideológicos sino a la expansión radical del mercado neoliberal y la lógica del consumo de un *american way of living* como única pauta cultural, desarticulando así toda posibilidad de identificación ajena al imperativo global. De modo que ya no se escucha insurrección o protesta desde la periferia pues aún cuando el desacuerdo no ha dejado de existir, los sujetos están demasiado ocupados o bien engeguados cumpliendo una función social que sostenga operativo el imaginario de pertenencia, progreso, status y autorrealización personal a través del consumo de identidades avaladas que se les oferta a través de la publicidad y de la red.

Existe un súbito incremento del interés en torno a las cuestiones de la identidad y de la formación identitaria al punto de devenir una moda en los discursos políticos y mercantiles posmodernos. La preocupación por la identidad ha aflorado como una estrategia pensada para promover el respaldo popular a un proyecto de integración y unificación que apele a los ideales de igualdad, seguridad y pertenencia ansiados por las minorías. Pero el proyecto unificador del capitalismo neoliberal, basado en un principio de equivalencia extraído del mercado, igualará a los individuos al punto de privarlos de su valor subjetivo y reduciéndolos a meros instrumentos para el desarrollo industrial.

El politólogo lacaniano Stavrakakis, señalará que en las sociedades capitalistas, el papel que desempeña el consumo y el consumismo, junto con la función de

la publicidad, las relaciones públicas y el posicionamiento de marca, "quizás ofrezcan el mejor ejemplo de la manera en que las nuevas interpelaciones y nuevos mandatos pueden reconfigurar la estructura social imponiendo su sujeción hegemónica a identificaciones y conductas individuales y grupales" (Stavrakakis, 2010:255). El discurso oficial no se limita a gozar de su lógica del provecho, del goce maquillado y la propaganda, además deberá consagrar al consumismo como esfera fundamental para la configuración de las relaciones sociales a través del afianzamiento de identidades de consumo, para lo cual deberá interferir a fondo en la configuración del deseo y la necesidad del lazo social desligando el afecto, el componente libidinal que posibilita las identificaciones periféricas que peligrosamente interfieren con el oficialismo.

La cultura hegemónica apostará por un mecanismo de inclusión social radical capaz de desarticular a las minorías que no produzcan una ganancia al sistema. La sociedad del mercado apelará a su saber comercial más allá de la conversión de la mercancía en valor, efectuando el proceso inverso de convertir los valores en mercancía. De modo que para interferir en la formación de subculturas y contraculturas y desarticularlas, el sistema oficial reinventará la noción de tales grupos apropiándose de sus símbolos identitarios, adoptándolos, produciéndolos y comercializándolos en masa, universalizando así su cosificación, es decir, la de-simbolización de aquellos elementos que permitían a los sujetos marginados identificarse entre sí y sostener un vínculo identitario contra toda amenaza de alienación o borramiento,

pues una vez que la cultura oficial absorbe los símbolos de las subculturas anula el valor de su contenido.

Y Así, "la ropa de trabajo pasará a ser traje ceremonial del ocioso; la música del oprimido, diversión del frívolo; el credo del colonizado se transforma en religión del imperio, y todos los valores de la contracultura naufragan. De tal manera, el sistema expropia a sus sectores menos favorecidos, no solo una plusvalía económica sino ese plus valor cultural, que le devuelve convertida en mercancía y neutralizada, ineficaz para servir al cambio social y solo apta para producir ganancias al inversionista" (Brito, 1996: 33).

La posmodernidad neoliberal representa la muerte de los ideales modernos y de la utopía ilustrada que abogaba por el intercambio entre sujetos autónomos. La cultura posmoderna ha dejado de creer, pero el capitalismo neoliberal ha falsificado los ideales de un progreso humanista promocionando el consumo como la actividad universal que confiere al sistema hegemónico unidad y consistencia imaginaria y proclamar así su verdad a nivel mundial. Y si bien vemos con Lacan que el discurso del Amo es fundamental para la sociedad en tanto que organiza y fundamenta la alianza y el intercambio entre los seres humanos, el modelo neoliberal pretende disolver los valores del Estado, en tanto que garante de la organización política, en nombre de un sistema global organizado en favor del capital. Pero el supuesto progreso unificado y global, cobra su precio en el ámbito de la subjetividad.

El individuo que en la ilustración fue pensado como amo de la naturaleza, ha

terminado siendo destruido en su calidad de sujeto. Tanto sus relaciones con los otros como consigo mismo han quedado vaciadas de su valor simbólico. El consumo, en tanto que aglutinante social, niega al sujeto para equipararlo a una identidad individual o colectiva hábil para el control y la vigilancia. El sujeto, reducido a un objeto, será una pieza intercambiable en la medida del goce que porta y aporta al sistema, produciendo en nombre del bienestar alucinado de la era posindustrial, aquello que Adorno y Horkheimer llamarán: una vida rebajada.

"Quien no se adapta es golpeado con una impotencia económica que se prolonga en la impotencia espiritual del solitario. Excluido de la industria, es fácil convencerlo de su insuficiencia... hoy las masas engañadas sucumben, más aún que los afortunados, al mito del éxito. Las masas tienen lo que desean y se aferran obstinadamente a la ideología mediante la cual se les esclaviza" (Adorno, 1944: 89).

### 3. De la identificación como contracultura

Si bien identidad e identificación se derivan fundamentalmente de alteridad y diferencia, hace tiempo ya que la supervivencia del individuo conforme al paradigma neoliberal está ligada a un imperativo de ser o parecer conforme a los decretos establecidos por el mercado para poder pertenecer a la cultura.

Contrario al debate ontológico de las ciencias positivas que afirman la unidad del ser reflejada en una identidad atomizada, el psicoanálisis concibe al sujeto como un efecto del lenguaje y la articulación de la Ley y el deseo que posibili-

tan la estructuración de la psique, el intercambio simbólico y la producción del lazo social, así como la constitución del yo a nivel simbólico e imaginario. La *identidad* para el psicoanálisis será entendida entonces como la imagen de sí que el sujeto derive de complejos procesos de identificación con los otros, modelos de amor y rivalidad fundamentales de su infancia. La identificación es un “proceso mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, (o) un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de éste...” (Laplanche-Pontalis, 1996: 184-187), proceso estructurante que tiene lugar a nivel inconsciente y que cabe resaltar, entenderemos como un proceso derivado del movimiento del deseo y de lazos afectivos además de ser un proceso por siempre inacabado.

La instancia del yo en el psicoanálisis no es equivalente al sujeto, no significa igualdad o da cuenta de unidad sustancial alguna. Al nacer el infante debe perder algo de *sí* como precio por pertenecer a la cultura. Esta pérdida fundamental que lo separa de la naturaleza e instala el muro del lenguaje que lo subjetiva será un efecto de la relación con el Otro simbólico, representante de la cultura. La alienación en el Otro es la operación de la primera identificación que desnaturaliza al sujeto conforme a las expectativas y significantes que éste le hereda. La división subjetiva será la brecha que persista entre el yo y el no yo, entre la consciencia y lo inconsciente, entre lo natural: real, simbólico e imaginario la separación irreparable que insiste irremediabilmente entre el yo y el Otro produciendo aquello que Lacan

llamará la falta de ser o bien o la ausencia de Ser en tanto que unidad ontológica acabada.

Es así que desde el psicoanálisis entenderemos al sujeto como efecto de un entramado de significantes e identificaciones, que a su vez se sostiene de una cuota de afecto puesta en juego y del registro imaginario, allí donde se produce la apariencia: el yo especular, imagen de identidad cerrada que permite al sujeto sostener cierto grado de coherencia, cierta sensación de integridad, continuidad y pertenencia consigo mismo a nivel consciente y a lo largo de su vida, así como aliarse con otro semejante o diferenciarse de éste.

Por ello, de ningún modo se pretende desmentir el carácter fundamental del yo o de la identidad como fachada inevitable e indispensable en la producción del deseo que sostiene al sujeto, y sin embargo, es necesario advertir su carácter engañoso que fácilmente se oculta tras la fantasía de una consistencia plenamente alcanzada. La ilusión por la unidad que promulgan las ciencias positivas en torno a la identidad, mucho se avecina a la avidez por la totalidad, promoviendo así un orden de medidas y valores afines a los ideales de seguridad y control que anulan toda posible contradicción o movimiento del deseo, cuando vemos a través del psicoanálisis que tanto la producción del yo y de la identidad así como su potencial transformador subsisten solo gracias a la noción de diferencia.

Las identificaciones tienen lugar a partir del establecimiento de un lazo afectivo con el otro. El investimento libidinal, producto de un amor, de una pa-

sión idealizada con un rasgo del Otro es aquello que generará simpatía y cohesión social con determinada parcialidad de la cultura. De modo que la afiliación del sujeto a determinado discurso dependerá de aquel rasgo unario, rasgo fundamental capaz de movilizar el deseo y no apenas de un mandato arbitrario que falsifique su atractivo a través de la comercialización del goce. El imperativo cultural que procura sostener la cohesión social a partir de imaginarios de confort y seguridad que apacigüen el temor frente a la exclusión y el desvalimiento social no serán suficientes para amortiguar la respuesta del sujeto frente a su malestar a menos que pueda instituirse como un objeto verdaderamente deseable.

Pues cuanto más se reprima la dimensión afectiva de la subjetividad y la posibilidad de identificación con el otro semejante en lugar de ofertar modelos artificiales, cuanto más un proyecto hegemónico excluya significantes particulares capaces de movilizar el deseo y el investimento libidinal, esta dimensión buscará expresarse con más fuerza a través de formaciones sociales sustitutivas, de nuevos modelos subculturales y contraculturales en tanto que síntomas sociales retornando de manera traumática desde lo reprimido. De modo que la sustancia que le falta a todo discurso hegemónico que busca imponerse como una totalidad, es la dimensión libidinal que movilice el deseo en oposición a la oferta de un goce anestesiante (Stavarakakis, 2010: 239-244). Lo que se buscará entonces según Stavarakakis:

No es la eliminación ni la glorificación del antagonismo, la exclusión o el goce,

si no una nueva forma de relación de estos elementos constitutivos. Por inevitables que sean la exclusión y el antagonismo, su reconocimiento no restringe nuestra capacidad de influir en sus materializaciones particulares, de desplazar continuamente los límites que éstas imponen. Lo que se halla en juego es encontrar una manera de relacionarnos éticamente con el antagonismo y el goce, en contraposición al punto de vista poco ético, improductivo e incluso peligroso de eliminarlos o mitificarlos: sublimar en lugar de reprimir, inyectar pasión en la radicalización de la democracia" (Stavarakakis 2010: 253).

## Conclusión

La cultura, como estructura que instaura la articulación entre ley y deseo y regula la relación entre sujetos se organiza conforme al significante Amo, significante predominante en la red discursiva. Más adelante entenderemos por cultura hegemónica al discurso oficial que organice y domine las formaciones sociales conforme a saberes constituidos al servicio del poder. Pero ningún orden hegemónico es absoluto, su identidad aparentemente homogénea se constituye y subsiste gracias a la alteridad estructural que prevalece tanto en el sistema social como en el psiquismo del sujeto, lo que hace que ambas instancias se articulen en una relación por siempre conflictiva entre el deseo y la prohibición, el ideal y su límite.

Por su naturaleza cultural los sujetos tienden a identificarse y hacer lazo social así como producir identidades capaces de sostener un sentido de continuidad, seguridad y pertenencia en favor de un nosotros protector que en la mayoría

de casos entrará en pugna, entre los ideales de las pequeñas minorías y los ideales del sistema cultural regente, dando lugar al surgimiento de subculturas y contraculturas que el oficialismo intentará aplacar en favor de su supervivencia, utilizando para ello mecanismos cada vez más sofisticados de exclusión y sometimiento, al tiempo que avivará imaginarios de bienestar y progreso así como modelos de identidad afines que afiancen la cohesión social en favor del mantenimiento del poder.

Actualmente el modelo cultural oficial, tras la caída de todo ideal precedente, convirtió los valores de cohesión social en valores mercantiles tras la ambición desbordada de atesorar todo excedente económico y humano como ganancia que permita fantasear un goce pleno. Y en su afán de potenciar su dominio y su provecho sin censuras y a nivel mundial, intervendrá en la vida más íntima del sujeto, su identidad y sus modelos afectivos de identificación, promocionando el consumo de identidades programadas al tiempo que dispondrá qué y cómo desear en correspondencia con las necesidades y expectativas del modelo económico neoliberal.

Pero tales mecanismos de dominación no solo fragilizan el lazo simbólico entre sujetos sino que además niega la imposibilidad estructural en el sujeto y la cultura de conformarse como totalidades cerradas. Frente a ello, el filósofo esloveno Slavoj Žižek, señalará que “toda aspiración de abolir la falta es tentación totalitarista, querer negar la fisura en nombre de un hombre sin tensión antagónica. Todo intento de simbolización total, de suturar la hendidura fracasa, toda solución es provisional, es No-todo”

(Žižek, 2005: 28). Todo sistema hegemónico que sostiene como efectivo el proyecto ideal de un orden global demandando para ello la cohesión social en un modelo identitario unificado, no hace otra cosa que demandar lo imposible.

La globalización cultural, al igual que el modelo panóptico, es una estructura pensada para fortalecer los mecanismos ideológicos de dominación al servicio del poder. La exaltación de la identidad como vehículo para alcanzar tal utopía de transformar a los sujetos en iguales, más aún, en equivalentes, para alcanzar un orden mundial unificado, opera como una pantalla imaginaria que modela la realidad en conformidad con las necesidades del paradigma económico dominante. El modelo cultural capitalista es perverso en tanto que sabe que sostiene una ilusión engañosa, pero aún así la sostiene en favor del goce que ésta le aporta, pues conforme a la lógica neoliberal del mercado, el intercambio utilitarista, así como la producción, promoción y el tráfico de identidades múltiples moldeables para un consumo compulsivo y hedonista, hacen de la acumulación de capital la vía regia para imponer un control y poder irrefrenable.

Lo que queda excluido de estas reflexiones será entonces la posibilidad de pensar a la cultura, al sujeto o la identidad como un todo generalizable. La conflictividad en todo proceso de búsqueda, adaptación y pretensiones de fijación de progreso traerá consigo el germen de una conflictividad fundamental imposible de evacuar por la fuerza o la exclusión radical de la diferencia en los diversos discursos sociales. La utopía que busca unificar las manifestaciones subjetivas encontrará irremediamente su límite en la producción del deseo,

motor intrínseco de transformación y de la formación de identificaciones entre sujetos, más allá de las imposiciones del sistema y sus pretensiones de igualar a todos en un todo indiferenciable en favor de un grado supremo de control y dominación. Como señala Foucault, en todo lugar donde hay poder, habrá resistencia. La producción de subculturas y contraculturas no cesará a pesar de la sofisticación y sutileza de los instrumentos de dominación.

Frente a ello, el discurso psicoanalítico, a su vez disidente del discurso imperante de las ciencias positivas, desmontará la ilusión de alcanzar una identidad sustancial cerrada así como el proyecto de una cultura homogénea absoluta, capaz de imponer su criterio de verdad a nivel universal. El psicoanálisis procurará articular lo negativo, lo inconsciente así como los límites del discurso para orientar la acción del sujeto conforme a la ética del deseo y en este caso, haciendo un llamado a retornar la mirada sobre los fundamentos de la identidad en los procesos de identificación con nuestros semejantes, imposible sin su componente afectivo.

Serán entonces, la Ley y el deseo los que movilicen al sujeto a constituirse y consolidar lazos afectivos con el Otro simbólico y con sus semejantes sin excluir el componente alterno que lo diferencia, pero sí guardando las distancias insalvables y necesarias que le permitan no ceder frente al mandato alienante del Otro, discurso imperante que demanda su sumisión absoluta tras la promesa de seguridad y de sellar la brecha social para al fin completar el sueño burgués y el ideal universalista de una moral conforme al Bien obtenido en el goce.

## Bibliografía

- Adorno, T.  
1944 *Dialéctica del iluminismo*. Madrid: Taurus.
- Adorno, T.  
1975 *Dialéctica negativa*. Madrid: Taurus.
- Brito, L.  
1996 *El imperio contracultural. Del rock a la posmodernidad*. Caracas: Nueva Sociedad.
- Dufour, D.  
2007 *El arte de reducir cabezas*. Buenos Aires: Paidós.
- Foucault, M.  
1980 *La verdad y las formas jurídicas*. Barcelona: Gedisa
- Foucault, M.  
1984 *Vigilar y castigar*. Madrid: SXXI.
- Freud, S.  
1912 *Tótem y tabú*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S.  
1969 *Psicología de las masas y análisis del yo*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S.  
1930 *El malestar en la cultura*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Gerez Ambertín, M.  
2007 *Las voces del superyó*. Buenos Aires: Letra Viva.
- Lacan, J.  
1960 *Seminario 7. La ética en psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Lacan, J.  
1963 *Escritos: El estadio del espejo como formador de la función del yo*. México: SXXI. (Edición digitalizada).
- Laclau, E. Mouffe, C.  
1987 *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: SXXI.
- Laplanche, J.-B. P.  
1996 *Diccionario de Psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Melman, Charles  
2005 *El hombre sin gravedad*. Argentina. Universidad del Rosario.
- Stavrakakis, Y.  
2010 *La izquierda lacaniana: psicoanálisis, teoría, política*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Žižek, S.  
2005 *El sublime objeto de la ideología*. Buenos Aires: SXXI.